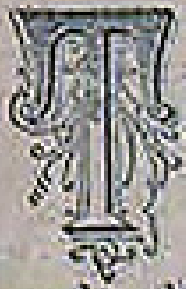
LOS CLAVELES



Tengo ansia de ver luz. Hace un año no he estado en Andalucía, la región de la claridad, á la que el sol, enamorado de su hermosura, envia los efluvios con exuberancia de vida, besándola amoroso al alumbrar las regiones de España.

No hay luz como la luz de Andalucía, es dorada, clara, riente; despierta la imaginación, acaricia el alma sumergiéndola en dulces ensueños, da anhelos de vida y placeres, hace comprender la dicha de vivir y enerva dulcemente el organismo, que pierde su poder mientras el espíritu engrandecido se eleva á Dios.

Por eso acude hoy á mi mente, velado entre las gasas del pasado, el recuerdo de una escena que presencié hace algunos años en la ciudad de mis amores, donde mis ojos se abrieron á la vida, donde aprendí á rezar y á creer; en Almería, la hermosa sultana que duerme reclinada en la morisca Alcazaba hundiendo sus plantas en las tranquilas aguas del golfo que se encierra entre la Loja y el Cabo de Gata, envuelta en su magnífico manto de esmeralda y ostentando en su mano los emblemas del progreso y la industria.

Era la noche más alegre del año, la noche que trae entre los pliegues de su manto la primera verbena andaluza, cuadro de luz y de color digno del pincel de Apeles ó Velázquez.

En la plaza de la Cañada se celebra la verbena de San Juan y los jóvenes danzan y cantan al compás del alegre fandango que preludian las guitarras y al són de las castañuelas que repiquetean las mozas.

El cuadro que presenta la plaza es indescriptible; á los pintorescos trajes de los jóvenes con sus fajas de vivos colores y sus bordados chalecos con alamares de plata, se unen los graciosos vestidos de las aldeanas, sus bonitos delantales, sus pañuelos de Manila y los artísticos y sencillos peinados de sus trenzas, ya rubias, con ese rubio dorado y brillante semejante al de las venecianas, ya negras como el ébano, con esos reflejos irisados que les presta el ardiente sol de su patria.

Añadamos á esto la animación, los gritos, la música; y sirviendo de marco los magníficos campos andaluces, con sus doradas mieses, sus vides, olivos, almendros y nogales, y tendremos una idea del cuadro que se ofrece á nuestra vista.

Entre los bailadores se destaca una pareja que atrae la admiración de todos, formada por Adela, pobre huérfana que debe su subsistencia á su tío Pedro, rico hacendado de la ciudad, y Carlos, el mozo más apuesto del contorno.

Él le habla con animación; desprende un clavel de encendidos pétalos que lleva en el pecho y lo coloca en los negros cabellos de la niña, y ésta deja asomar á su fresca boca una alegre sonrisa que hace asemejarse sus preciosos labios á la roja flor de la amapola.

***

El joven se turba y vacila un momento; pero su esposa le mira, él hace un esfuerzo, sonríe y entrega el clavel á Adela.

***

Dos años han transcurrido; estamos otra vez en la víspera de San Juan, la Cañada presenta el mismo aspecto de fiesta; pero entre los concurrentes á la plaza no se encuentra la familia de D. Pedro.

Si vamos en su busca, veremos á Adela que yace en un lecho cerca de la ventana, por donde llegan hasta ella los perfumes de las flores campestres y los ecos de la música.

D. Pedro y Carlos están á su lado, y aprovechando una ausencia del primero, la enferma se incorpora trabajosamente y dice:

—Oye, Carlos; quiero darte mi último encargo.

— ¡Adela, por Dios, no me martirices más! Es verdad que obré mal contigo; es verdad que fascinado por la riqueza de Matilde sacrifiqué tu amor; pero yo te amo, perdóname, y aún podemos ser felices.

— No, ya es tarde; me siento morir; yo no te he deseado mal; rogué á Dios, que no me oyó, y castiga tu egoísmo; tu esposa ha muerto y yo voy á dejarte para siempre.

— Porque no me amas; soy libre y podemos ser felices.

— ¡Que no te amo! — contestó ella sacando dos claveles marchitos de entre las ropas del lecho. — ¿Los conoces? Uno simboliza la esperanza, el otro el desengaño..... Ponlos sobre mi pecho cuando muera.

Y como si el esfuerzo que había hecho para hablar hubiese agotado su existencia, una ola de sangre asomó á sus labios, yendo á dar á las flores su primitivo color, fijó la mirada en Carlos, y su espíritu rompió dulcemente los lazos que le unían á la materia para volar á la patria de los justos, mientras él caía de rodillas con desesperación, cubriendo sus yertas manos de lágrimas y besos.

***

Lector, si vas por Almería, entra en el pequeño cementerio de la Cañada y verás un sepulcro cubierto de plantas de claveles rojos, en cuya modesta cruz de piedra se lee el nombre de «Adela», y te contarán esta sencilla y breve historia que acabas de leer, asegurándote que Carlos, que no supo apreciar la felicidad de su amor, ha consagrado su vida á llorar sobre la tumba, haciendo reverdecer los claveles, tan rojos, que parecen todavía manchados de sangre.

CARMEN DE BURGOS SEGUI.

LOS CLAVELES

Tengo ansia de ver luz. Hace un año no he estado en Andalucía, la región de la claridad, a la que el sol, enamorado de su hermosura, envía los efluvios con exuberancia de vida, besándola amoroso al alumbrar las regiones de España.

No hay luz como la luz de Andalucía, es dorada, clara, riente; despierta la imaginación, acaricia el alma sumergiéndola en dulces ensueños, da anhelos de vida y placeres, hace comprender la dicha de vivir y enerva dulcemente el organismo, que pierde su poder mientras el espíritu engrandecido se eleva a Dios.

Por eso acude hoy a mi mente, velado entre las gasas del pasado, el recuerdo de una escena que presencié hace algunos años en la ciudad de mis amores, donde mis ojos se abrieron a la vida, donde aprendí a rezar y a creer; en Almería, la hermosa sultana que duerme reclinada en la morisca Alcazaba hundiendo sus plantas en las tranquilas aguas del golfo que se encierra entre la Loja y el Cabo de Gata, envuelta en su magnífico manto de esmeralda y ostentando en su mano los emblemas del progreso y la industria.

Era la noche más alegre del año, la noche que trae entre los pliegues de su manto la primera verbena andaluza, cuadro de luz y de color digno del pincel de Apeles o Velázquez.

En la plaza de la Cañada se celebra la verbena de San Juan y los jóvenes danzan y cantan al compás del alegre fandango que preludian las guitarras y al son de las castañuelas que repiquetean las mozas.

El cuadro que presenta la plaza es indescriptible; a los pintorescos trajes de los jóvenes con sus fajas de vivos colores y sus bordados chalecos con alamares de plata, se unen los graciosos

vestidos de las aldeanas, sus bonitos delantales, sus pañuelos de Manila y los artísticos y sencillos peinados de sus trenzas, ya rubias, con ese rubio dorado y brillante semejante al de las venecianas, ya negras como el ébano, con esos reflejos irisados que les presta el ardiente sol de su patria.

Añadamos a esto la animación, los gritos, la música; y sirviendo de marco los magníficos campos andaluces, con sus doradas mieses, sus vides, olivos, almendros y nogales, y tendremos una idea del cuadro que se ofrece a nuestra vista.

Entre los bailadores se destaca una pareja que atrae la admiración de todos, formada por Adela, pobre huérfana que debe su subsistencia a su tío Pedro, rico hacendado de la ciudad, y Carlos, el mozo más apuesto del contorno.

Él la habla con animación; desprende un clavel de encendidos pétalos que lleva en el pecho y lo coloca en los negros cabellos de la niña, y ésta deja asomar a su fresca boca una alegre sonrisa que hace asemejarse sus preciosos labios a la roja flor de la amapola.

El joven se turba y vacila un momento; pero su esposa le mira, él hace un esfuerzo, sonríe y entrega el clavel a Adela.

* + *

Dos años han transcurrido; estamos otra vez en la víspera de San Juan, la Cañada presenta el mismo aspecto de fiesta; pero entre los concurrentes a la plaza no se encuentra la familia de D. Pedro.

Si vamos en su busca, veremos a Adela que tace en un lecho cerca de la ventana, por donde llegan hasta ella los perfumes de las flores campestres y los ecos de la música.

D. Pedro y Carlos están a su lado, y aprovechando una ausencia del primero, la enferma se incorpora trabajosamente y dice:

– Oye Carlos; quiero darte mi último encargo.

– ¡Adela, por Dios, no me martirices más! Es verdad que obré mal contigo; es verdad que fascinado por la riqueza de Matilde sacrifiqué tu amor; pero yo te amo, perdóname, y aún podemos ser felices.

– No, ya es tarde; me siento morir; yo no te he deseado mal; rogué a Dios, que no me oyó, y castiga tu egoísmo; tu esposa ha muerto y yo voy a dejarte para siempre.

– Porque no me amas; soy libre y podemos ser felices.

– ¡Que no te amo! – contestó ella sacando dos claveles marchitos entre las ropas del lecho – ¿Los conoces? Uno simboliza la esperanza, el otro el desengaño... Ponlos sobre mi pecho cuando muera.

Y como si el esfuerzo que había hecho para hablar hubiese agotado su existencia, una ola de sangre asomó a sus labios, yendo a dar a las flores su primitivo color, fijó la mirada en Carlos, y su espíritu rompió dulcemente los lazos que la unían a la materia para volar a la patria de los justos, mientras él caía de rodillas con desesperación, cubriendo sus yertas manos de lágrimas y besos.

+

Lector, si vas por Almería, entra en el pequeño cementerio de la Cañada y verás un sepulcro cubierto de plantas de claveles rojos, en cuya modesta cruz de piedra se lee el nombre de –Adela–, y te contarán esta sencilla y breve historia que acabas de leer, asegurándote que Carlos, que no supo apreciar la felicidad de su

amor, ha consagrado su vida a llorar sobre su tumba, haciendo reverdecer los claveles, tan rojos, que parecen todavía manchados de sangre.

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ